



Santa Teresa por el Campo de Montiel. Con una mirada hacia Quevedo y Cervantes

José Mª Lozano Cabezuolo

A Pilar Riaza

Hace más de cuatro siglos, en su caminar hacia Beas de Segura para fundar otro de sus conventos, Santa Teresa de Jesús honró a la población de Torre de Juan Abad con su presencia. La villa daba cobijo, ofrecía estancia y otros servicios a la gran reformadora del Carmelo Descalzo; una de las más insignes glorias de cuantas ha dado España en todos los tiempos; cumbre de la mística universal con San Juan de la Cruz, el “medio fraile” (aludiendo a la mediana, y casi menos que mediana, estatura del fontiveroño, Santa Teresa le otorgó esa cariñosa dignidad), supo liberarse de este mundo terrenal, “cárcel oscura”, para gozar, dentro de él, de una felicidad casi absoluta, porque el misticismo religioso es la afirmación más pura de libertad. Santa Teresa de Jesús carmelita descalza (quizá porque le gustó vivir sin ataduras), madre y maestra del libre albedrío, quien pedía a Dios el más grande favor de no hacerle ningún favor que fuera en contra de su libertad, es la primera mujer a quien la Iglesia, en 1970, confiere el título de Doctora.

En este año, cuando se celebra el quinto centenario de su nacimiento, volvemos a recordar los hechos que tuvieron lugar, de manera muy directa y en parte importantes, en nuestra entonces, siglo XVI, ya famosa Torre de Juan Abad. El paso por esta tierra quedó inmortalizado por la pluma de la Madre Ana de Jesús, una de las religiosas que la acompañaban, en un manuscrito escurialense, rescatado por el padre Efrén J.M. Montalva, y dado a conocer en sus obras “*Tiempo y vida de Santa Teresa de Jesús*” y “*Beas y Santa Teresa*”.

No resulta desconocida la persona de la santa de Ávila en nuestra provincia desde que, en vida, fundara el Monasterio de las Madres Carmelitas en Malagón, en 1568, que fue el tercero creado por ella misma; después de su muerte en 1582, se fundó el Monasterio de Ciudad Real en 1596, y, en 1599, el Monasterio de Daimiel.

Comprometida con su tiempo, abanderada de la contemplación tanto como de la acción, y dispuesta a todo para refundar la Orden del Carmelo, incluso a enfrentarse al mundo al que pertenecía. A la monja andariega, su compromiso con la vida, abrazada hasta su profundidad, le impidió deshacerse de caminos. Sesenta años tenía cuando el 14 de febrero de 1575 partió de Malagón camino de Beas junto con un séquito formado por nueve monjas, los sacerdotes Julián de Ávila y Gregorio Martínez, los mozos y carreteros de alquiler, y el ajuar indispensable, todo en cuatro carros. En los precios por alquiler de carros, de mulos, de mozos y carreteros establecidos en las Cortes de Felipe II se ordenaba que los carros y carrozas tenían que ir tirados por cuatro caballos; si bien para viajar fuera de las ciudades podían ir tirados los carros por mulas, y tales eran las bestias de tiro que siempre usó la Madre Teresa. El camino que siguieron, siempre según el padre Efrén, fue el de Daimiel y Manzanares; de este modo entraban enseguida en la encomienda de Santiago, en La Membrilla. Tomaron entonces el camino real de Andalucía, que seguía por La Solana en dirección a Alcubillas; de allí entre “cerros e valles e montes de encinares e robledales” seguirían a Cózar para entrar, de ese modo, al atardecer del 15 de febrero de 1575, en la Torre de Juan Abad, rodeada de viñedos y olivares. Era una de las villas cabeceras del Campo de Montiel, donde hicieron noche en el hospital destinado a “dar recogimiento a los pobres pasajeros”, y no creemos que a Santa Teresa le asustasen sus precarias comodidades. Allí contrataron a los espoliques (mozos de a

pie que preceden a la caballería) adiestrados en los pasos de Sierra Morena que les guiaron hasta Beas.

La mañana siguiente, 16 de febrero, miércoles de ceniza, no dejaron de iniciar la Cuaresma, por lo que los dos sacerdotes que acompañaban a la Madre Teresa y



Mano de Santa Teresa. Óleo sobre lienzo. Paulus de Matthei, 1717, Nápoles.

sus monjas, celebraron la misa en la Parroquia de Nuestra Señora de los Olmos, donde “todas recibieron en sus frentes la ceniza bendita”. En esta iglesia no es difícil imaginar a Santa Teresa, en medio de nuestros antepasados, despidiéndose de todos ellos en aquel día de 1575 con la mejor recomendación, diciéndoles este último consejo casero y místico: “*hermanas, hermanos, humildad es andar en verdad. La verdad padece, pero no perece*”.

Desde la Torre de Juan Abad -continúa el relato del padre Efrén- a Beas, “sólo quedaban siete leguas, que por ser terreno abrupto se contaban como nueve”. Podrían hacerse a la idea de llegar aquella misma tarde al final de su viaje, dejando la Mancha e internándose en Andalucía, pero los percances imprevistos surgieron pasado Villamanrique, y a pesar de que los espoliques eran hombres experimentados, erraron el camino inexplicablemente, quedando perdidos en un lugar llamado “Riscas de Gualdinierno”, traspasada ya Venta Quemada. Allí tuvo lugar el suceso llamado “milagroso” y achacado a San José, a quien tanta devoción tenía Santa Teresa. Ana de Jesús, testigo de las peripecias de aquel día, refiere: “Ya que llegábamos a la postrera jornada, en Sierra Morena perdieron los carreteros el camino, de manera que no sabían por donde iban. Nuestra Madre Teresa de Jesús comenzónos a mandar a ocho monjas que con ella íbamos pidiésemos a Dios y a nuestro Padre San José nos encaminase; porque decían los carreteros que íbamos perdidos y que no hallaban remedio de salir de unos riscos altísimos por donde íbamos. Y al tiempo que la santa nos mandó lo dicho comenzó desde una hondura muy honda, que con harta dificultad se veía desde lo alto de aquellos riscos en que estábamos, a dar grandes voces un hombre, que en la voz parecía anciano, diciendo: ‘Teneos, teneos, que vais perdidos y os despeñaréis si pasáis de ahí’. A estas voces, paramos, y los sacerdotes y personas seglares que iban con nosotras comenzaron a escuchar y preguntar: ‘Pues ¿qué remedio tendremos para remediarnos y salir del estrecho en que estamos?’ Él les respondió que echasen hacia una parte que vimos todos que milagrosamente habían podido atravesar por allí los carros”.

En estos rincones, en estas sierras, donde San Juan de la Cruz había formado sus estrofas, la santa, derramando sencillez lograría tranquilizar el ánimo de todos mediante los versos más blancos y serenos: *Nada te turbe,/ nada te espante,/ todo se pasa,/ Dios no se muda;/ la paciencia/ todo lo alcanza.*



SERVICIOS DIGITALES

DECOMISO

LONGAS COLGADURAS

REGALOS PERSONALES

926 360 907



vodafone